

# A la vista de las murallas: Análisis arqueológico del entorno del castro prerromano de Villasviejas del Tamuja (Cáceres)

## *Looking beyond the walls. An archaeological analysis of the human environment of the pre-Roman hillfort of Villasviejas del Tamuja (Cáceres)*

Francisca HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ\*, Ana M<sup>a</sup> MARTÍN BRAVO\*\*, Eduardo GALÁN\*\*\*

\* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid. francisc@ghis.ucm.es

\*\* Departamento de Documentación y Archivo. Museo Nacional del Prado. ana.martin@museodelprado.es

\*\*\* Departamento de Prehistoria. Museo Arqueológico Nacional. eduardo.galan@mcu.es

Recibido: 20-08-2008

Aceptado: 12-11-2008

### RESUMEN

*La prospección sistemática del entorno inmediato del castro de Villasviejas del Tamuja nos ha permitido documentar una secuencia de ocupación que abarca buena parte del primer milenio a.C. y varias centurias del primero de nuestra Era. A lo largo de ese dilatado período de tiempo se asiste en un ámbito espacial reducido a la sucesión de varios modelos de ocupación y explotación del territorio, testimonio de formaciones sociales diferentes entre sí. En lo referente especialmente al tiempo durante el cual el castro de Villasviejas ocupó el lugar central de este paisaje humano, hemos podido por primera vez acercarnos a la estructura compleja de un asentamiento que no estaba limitado únicamente por unas murallas, sino en el que se puede apreciar la existencia de todo un entramado extramuros que nos habla tanto de actividades diferenciadas como del propio origen del castro y del poblamiento de la Segunda Edad del Hierro a nivel regional.*

**PALABRAS CLAVE:** *Prospección intensiva. Análisis territorial. Edad del Hierro. Época romana. Explotación del medio.*

### ABSTRACT

*The systematic exploration of the immediate environment of Villasviejas del Tamuja oppidum allows to document a sequence of occupation from the mid-first millennium B.C. to the first centuries of the first millennium A.D. Throughout this extensive period of time in such a short spatial area the succession of several models of occupation and exploitation of the territory, corresponding to very different social formations, has been recorded. During the time when Villasviejas oppidum occupied the central place of this human landscape, we have been able, for the first time, to approach the complex structure of an habitat that was not limited only by its walls, but in which we can estimate the existence of separated activities outside, and infer about the origin of the site itself and of the Late Iron Age populations in the regional level.*

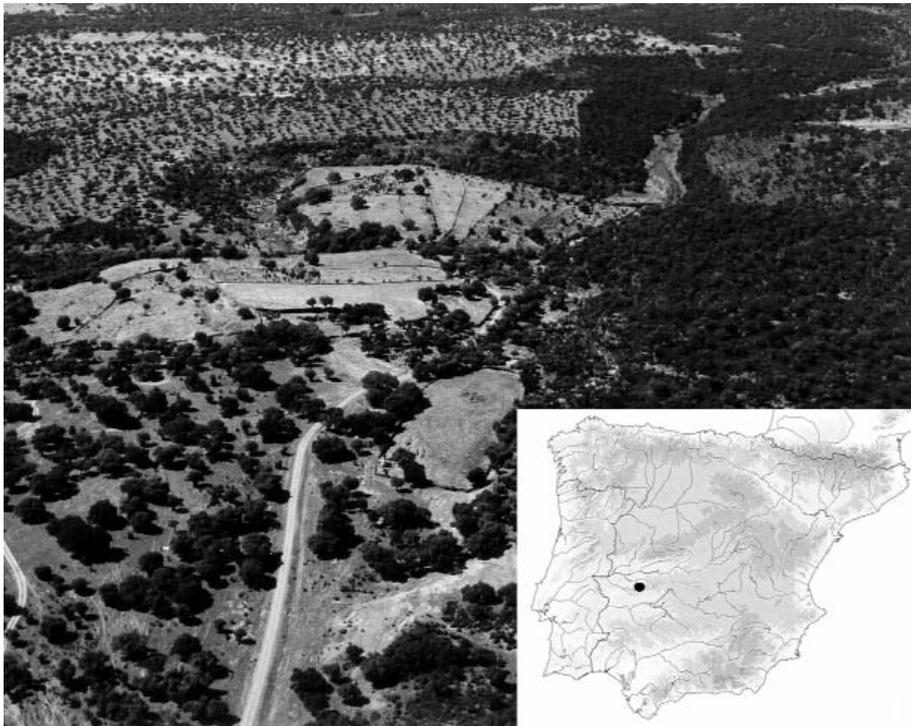
**KEY WORDS:** *Intensive survey. Territorial Analysis. Iron Age. Roman Period. Environment Exploitation.*

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. Delimitación del área de trabajo. 3. Método de prospección. 4. Resultados obtenidos de la prospección. 5. Pautas de ocupación del territorio. 6. Conclusión: Villasviejas en su contexto cultural y regional.

## 1. Introducción

Presentamos en estas páginas un estudio que supone una nueva aportación a la línea de trabajo, iniciada hace ya muchos años, y que está orientada a conocer las características de los castros situados en torno a la cuenca extremeña del Tajo. La excavación del poblado de Villasviejas del Tamuja (Hernández *et alii* 1989) y de sus necrópolis (Hernández y Galán 1996) fue el primer paso dado en esa dirección, permitiendo conocer los rasgos esenciales de las viviendas, de la cultura material, la secuencia de ocupación y, lo que es más importante, la organización social de esas sociedades a través del registro funerario. Esos trabajos nos permitieron analizar y dar a conocer las peculiaridades internas del castro pero, al mismo tiempo, nos llevaron a preguntarnos cuáles fueron las relaciones de este poblado con el territorio que lo rodeaba. Ya la excavación de la necrópolis del Mercadillo nos llevó a trabajar extramuros del recinto fortificado, y los posteriores hallazgos de necrópolis, cada vez más alejados del castro, nos obligaban a ampliar la visión que teníamos del conjunto arqueológico a una zona que excede con mucho la del propio poblado.

Por otra parte, las excavaciones han permitido documentar una secuencia de ocupación de cuatro siglos en los que se aprecian variaciones tanto en el registro material como en las prácticas funerarias, y, todo ello, sin cambios de población y sin alteraciones traumáticas en el castro. Era lógico preguntarnos, por tanto, si esos mismos procesos podían documentarse también desde antes, incluso, de que surgiera el castro y después de su abandono, buscando otras huellas de ocupación en el espacio que lo rodea. Contábamos de antemano con la experiencia y los conocimientos obtenidos del estudio de los castros de la cuenca extremeña del Tajo, cuyo análisis nos había permitido esbozar las pautas generales de la evolución del poblamiento en ese territorio durante toda la Edad del Hierro (Martín Bravo 1999). Una vez conocida la dinámica que, a grandes rasgos, caracterizó a toda esta región del occidente peninsular, parecía de gran interés continuar profundizando en esa línea de investigación a través del análisis de un yacimiento en particular, puesto que ofrece la posibilidad de contrastar las pautas generales que se deducen de un análisis a gran escala con la realidad que ofrece cada asentamiento por sí mismo. Ese objetivo es el que nos llevó a analizar dicho proceso centrándonos en el



**Figura 1.-** Localización en la Península Ibérica y vista aérea del Castro de Villasviejas del Tamuja y su entorno desde el Sur (Foto: Paisajes Españoles).

estudio de este castro en concreto, que nos muestra los cambios que experimentan las diferentes formas de ocupar y explotar el territorio a lo largo del tiempo. En definitiva, el conocimiento acumulado nos empujaba a plantearnos cuál fue la evolución que, a lo largo del I milenio a.C., culminó en la aparición de los castros fortificados, qué influencia ejercieron éstos sobre el territorio que los rodea y qué proceso les llevó a su abandono, siendo sustituidos por otros tipos de hábitat, todo ello tomando como referencia el castro de Villasviejas del Tamuja (Fig. 1).

Para llegar a alcanzar ese objetivo resultaba necesario documentar las evidencias de ocupaciones humanas anteriores, contemporáneas o posteriores al castro, que existieran en su entorno inmediato. En consecuencia, parecía evidente que la mejor herramienta de trabajo para conseguirlo era llevar a cabo una prospección intensiva y de cobertura total que nos permitiera conocer el registro arqueológico con precisión.

## 2. Delimitación del área de trabajo

La primera cuestión que se planteaba era determinar qué área iba a ser considerada entorno inmediato al castro. La discusión sobre ese punto es un tema fundamental, dado que no se puede dejar al azar o confiar a las propias vicisitudes del trabajo de campo el que será el eje clave de la investigación. Sobre todo, considerando que lo que queremos llegar a conocer es la evolución de un espacio en el que surgió un poblado fortificado y la influencia que éste ejerció sobre su entorno. Sin embargo, no existe ningún criterio que a priori permita determinar qué espacio de territorio hay que examinar para llegar a conocer los límites hasta donde el castro propagó su influencia directa. Resultaba imprescindible dejar establecido qué nivel de interrelación entre el castro y su territorio iba a ser objeto de análisis, puesto que cuanto más indirectas sean las relaciones, más amplio es el marco geográfico afectado.

Pueden establecerse tres escalas diferentes de dependencia entre un asentamiento y su entorno. El primer nivel se ciñe a aquel terreno que está más íntimamente relacionado con el asentamiento por ser su espacio natural de expansión. Esa zona tiene en común con el asentamiento que también puede ser un área de hábitat, puesto que allí pueden vivir personas que, por razones de tipo social, cultural o

económico, no residen dentro del poblado sino en sus alrededores. Pero lo que de verdad caracteriza a este espacio es que acoge funciones que no suelen realizarse dentro de un núcleo habitado, como, por ejemplo, albergar las zonas de acumulación de desperdicios, apareciendo allí los basureros. También se desvían hacia los alrededores del poblado aquellas actividades económicas que entrañan algún riesgo para la población, como son las que necesitan de la presencia de fuego, por lo que los hornos cerámicos, metalúrgicos o de cualquier otra variante se concentran en esa orla de terreno que envuelve al poblado. Pero, además, en ese espacio se realizan actividades de tipo ritual que necesitan un área específica fuera del núcleo habitado para llevarse a cabo, destacando fundamentalmente las de tipo funerario, o bien algunos lugares sacros. Por ello, uno de los indicios que ayudan a delimitar ese primer nivel de influencia es la presencia de los cementerios de las poblaciones o, a veces, de algunos santuarios.

El segundo nivel de influencia abarca a todo su territorio de explotación. Este nivel es más difícil de delimitar en el registro arqueológico que el anterior, y por ello se recurre a aplicar el esquema teórico de *site cachement analysis* desarrollado por los arqueólogos ingleses desde los años 70. En la actualidad, se considera aceptable incluir como área de explotación de un asentamiento toda aquella zona que está en un radio cuya longitud es la distancia que se recorre andando en una hora desde el poblado. El modelo teórico se debería concretar aportando algunas evidencias que ayudaran a fijar esos límites, para los que sería de gran ayuda el estudio de algunas materias primas aparecidas en el interior del poblado, siendo lo más viable la localización de las canteras de algunos de los materiales pétreos utilizados en el poblado.

El tercer nivel de influencia ejercida por un asentamiento afecta a un amplio espacio sobre el que impone cierto control, que normalmente acaba donde empieza el del vecino más próximo de igual categoría. Esto quiere decir que abarca toda aquella zona habitada por gentes que, aun no residiendo en el asentamiento, lo consideran la cabeza de su unidad organizativa.

El trabajo que presentamos se centra en el estudio del territorio sobre el que el castro ejerce ese primer nivel de influencia al que aludimos más arriba. Y lo que le determina es llegar a conocer las alteraciones que se produjeron en el espacio más

próximo al lugar donde se construyó el castro, en un intervalo de tiempo amplio, durante tantas etapas cronológico-culturales como se documenten en el registro arqueológico. Por ello, se consideró como más conveniente que el área de estudio englobase el terreno comprendido en un círculo de 1.5 km de radio alrededor del castro de Villasviejas.

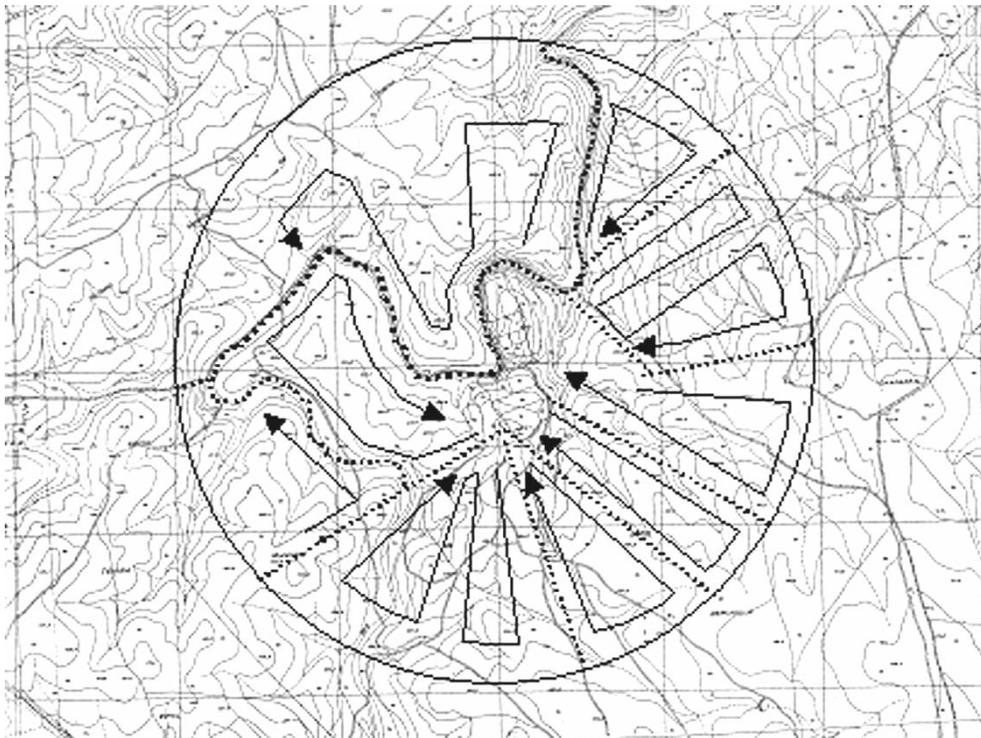
### 3. Método de prospección

La estrategia de prospección elegida ha sido la de cobertura total, puesto que era imprescindible inspeccionar todo el terreno que va a ser analizado. Dado que no existe ningún criterio real para delimitar el espacio que pudo haber estado bajo el control, más o menos directo, del castro y se había optado por estudiar el área comprendida en un radio de 1,5 km a su alrededor, se decidió llevar a cabo la prospección siguiendo el modelo teórico de áreas concéntricas a partir del poblado, constituyendo el castro el punto central. Al no existir fuertes pendientes en esta zona, no se ha considerado necesario plantear deformaciones isocrónicas sobre los círculos teóricos, los cuales se configuraron en una referencia permanente para el desarrollo de los tra-

bajos de prospección.

De esta forma, el trabajo de campo completo se llevó a cabo en 4 fases (Fig. 2). Las dos primeras campañas estuvieron dedicadas a prospectar el terreno situado al sur del castro. La tercera y cuarta campaña se centraron en el espacio situado al norte de Villasviejas. Además, queremos señalar que durante la última fase se dedicó un tiempo a revisar todos y cada uno de los yacimientos localizados, para verificar su correcta ubicación. Para ello ha sido de gran ayuda la utilización de un G.P.S. con el que se obtenían coordenadas UTM, que permiten obtener una posición de los yacimientos sobre el mapa de gran fiabilidad.

La intensidad de dicha prospección ha variado en función de los accidentes del terreno, aunque se procuró trabajar siempre sin exceder de los 40-50 m de distancia de separación entre los participantes. Sin embargo, en sitios particularmente accidentados se tendió a disminuir esa distancia hasta los 20-25 m para no dejar ningún rellano del terreno sin inspeccionar visualmente. En cambio, en espacios abiertos y recién roturados, donde la visibilidad de los yacimientos era muy buena, la separación entre los prospectores se aumentó hasta los 80 m de forma excepcional.



**Figura 2.-** Esquema de los recorridos seguidos por el equipo de prospección en el círculo de 1 Km en torno al castro.

El equipo de prospección estuvo integrado por alumnos y licenciados del Departamento de Prehistoria de la U.C.M., prácticamente todos con experiencia en prospección arqueológica. Desde aquí agradecemos el esfuerzo y dedicación de todos los alumnos y colegas que han participado en las diferentes campañas de prospección. Se han dedicado un total de 31 días para llevar a cabo este trabajo, necesitando 21 días completos para prospectar los 7 km que abarca el círculo de 1,5 km alrededor del castro de Villasviejas, a los que hay que sumar otros 10 días empleados en tareas de planificación, estudio del medio y revisión de resultados. El tiempo real dedicado cada día a prospectar no fue siempre el mismo, dado que las diferentes condiciones atmosféricas de cada campaña influían en el mayor o menor aprovechamiento de las horas de luz. De todas formas, descontando el tiempo invertido en llegar hasta el lugar de trabajo, en comer o descansar y resolver incidencias, hemos calculado una media de 4 horas diarias de trabajo. El número de personas que participaban cada jornada osciló entre 3 y 5, siendo el resultado final una dedicación de 12 horas por cada km prospectado con un equipo de 4 personas de media.

Existen pocos valores de referencia para comparar este promedio con otros invertidos en otras prospecciones, siendo casi los únicos los publicados por J.E. Benito en el Valle del Tajuña (1995-96: 154). En ese caso, el promedio obtenido fue de 5,33 horas por km, aunque esa diferencia se explica fácilmente por dos razones fundamentales: primero, porque el número de personas que trabajaban cada día era mayor y, segundo, porque el espacio prospectado fue más extenso, adquiriendo con el tiempo mayor eficacia y rentabilidad del esfuerzo.

### 3.1. Desarrollo de las campañas de prospección

La primera fase del trabajo de prospección se dedicó a inspeccionar un espacio de terreno que comprende un círculo de un radio de 1 km. Ese terreno se encuentra surcado por el río Tamuja, que lo atraviesa casi en sentido diagonal, siendo el único accidente importante del terreno en el que se iba a trabajar. Por ello hubo que planificar los recorridos de tal forma que no interfiriera como un obstáculo en dichos recorridos. Y, en consecuencia, se iniciaron los trabajos en la vertiente sur del Tamuja, en la que también se encuentran situados el castro y sus necrópolis.

Se comenzó prospectando desde el lado oeste del castro, marcando el límite del área prospectada el cauce del río. Desde allí se empezó a inspeccionar el terreno siguiendo el recorrido de las manecillas de un reloj. El inicio de cada recorrido se situaba en el castro, punto central del área prospectada, caminando siempre en dirección al extremo marcado por el círculo teórico de 1 km y, una vez alcanzado éste, se cambiaba el sentido de la marcha, regresando al castro. De esta forma, se prospectaba avanzando en distancias regulares fácilmente abarcadas por el equipo de trabajo, lo que repercutía en el buen desarrollo de los trabajos (Fig. 3).

Para prospectar ese espacio hicieron falta 6 días completos de trabajo, aunque el total de los empleados en esta campaña fue más del doble. Ello fue debido a que se dedicó algún tiempo previo a conocer las características del terreno y otro tiempo adicional para revisar lo ya prospectado puesto que, al ser la primera vez que el equipo llevaba a cabo un proyecto de estas características, se consideró fundamental invertir horas de trabajo al principio, hasta asegurarnos de obtener una adecuada estrategia de prospección. Ese tiempo fue muy útil para avanzar en campañas posteriores de forma mucho más rápida, una vez hecha la planificación inicial de toda la prospección.

La segunda campaña de trabajo permitió comenzar la prospección del espacio de terreno que dibuja el círculo concéntrico de 1,5 km de radio, también al sur del castro. Esa franja abarca una superficie en forma de anillo, de un total de 4 km. En esta ocasión se comenzó prospectando el círculo por el terreno situado al sur del castro, volviendo a dejar como extremo del área de trabajo el cauce del

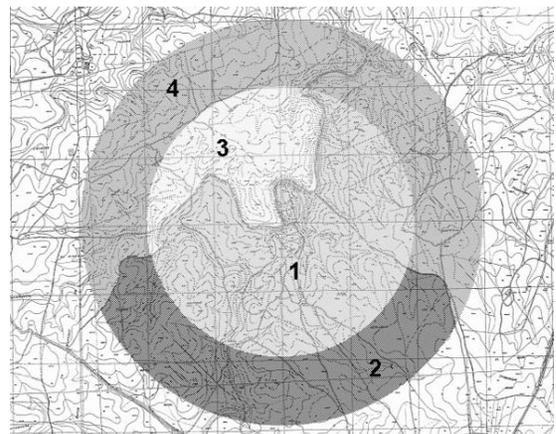


Figura 3.- Espacio prospectado en las diferentes campañas, en el círculo de 1,5 km en torno al castro.

río Tamuja. La elección de esta zona estuvo determinada por la prioridad que exigía continuar prospectando en la zona comprendida entre Villasviejas y el casco urbano de Botija, puesto que apreciábamos que era la más afectada por las alteraciones que provoca la explotación humana del medio. Ese espacio forma parte de la dehesa boyal de Botija, y, por tanto, ha estado sometida a una explotación agrícola-ganadera más intensa que el resto del terreno que rodea al castro de Villasviejas, que son de propiedad particular. Además, hay que añadir que esa zona es la de más fácil acceso al entorno del yacimiento, por lo que parecía la más vulnerable ante agresiones de los expoliadores.

La metodología de prospección no varió respecto a la campaña anterior, como tampoco las estrategias seguidas para inspeccionar el terreno. La única diferencia respecto a la primera fase fue que el castro ya no era la referencia para iniciar y terminar los recorridos, eligiéndose accidentes naturales o artificiales como límite de cada trayecto de ida y vuelta prospectado.

Tal como indica la figura 2, al terminar esta fase se había inspeccionado, de forma aproximada, el tercio inferior del círculo teórico de 1,5 km. Hay que hacer constar que el trabajo realizado excedió con mucho el límite de este círculo, dado que interesaba conocer todo el terreno de dehesa boyal existente hasta el casco urbano, aunque no se marque en la figura citada. Al no haberse localizado yacimientos, se va a prescindir de aludir a la zona que sobrepase el límite del 1,5 km aquí analizados.

La tercera campaña se dedicó a inspeccionar el espacio situado al norte del río Tamuja. Se empezó por el Noroeste, para así enlazar con la zona en la que se había trabajado en la primera campaña, avanzando hacia el Noreste. El paisaje está formado por una penillanura con suaves ondulaciones, separadas por arroyos que vierten al Tamuja, resultando fácil su prospección. Los arroyos de mayor tamaño se escogieron como límite de los recorridos que se iban trazando para inspeccionar este espacio, de forma que las sucesivas pasadas fueran lo más rectas posibles.

El terreno en este caso es de propiedad particular, con partes dedicadas a una explotación ganadera y otras a uso cinegético especializado en la perdiz. Para evitar la proliferación del bajomonte, incompatible con los usos antes citados, este espacio había estado sometido a una profunda limpieza de maleza con máquinas que remueven profundamente el sue-

lo hasta arrancarla. Por ello, al iniciar la prospección nos encontramos con la superficie del terreno muy alterada por estas remociones. Como consecuencia, las características habituales del terreno estaban muy transformadas, siendo difícil en ocasiones caminar sobre él. Las implicaciones directas sobre los resultados de la prospección fueron, por un lado, el encontrarnos con el material arqueológico sacado a la superficie, siendo los yacimientos fácilmente detectables por el alto número de fragmentos cerámicos depositados sobre el suelo. Pero, por otro lado, esta profunda remoción ha alterado los niveles arqueológicos, llegando a arrasar en ocasiones los yacimientos, dado que el suelo tiene escasa potencia, observándose en superficie fragmentos de la roca madre recién arrancados.

Para obtener algún dato positivo de esta calamitosa situación, se aprovechó la coyuntura estudiando los efectos post-deposicionales que el paso del tiempo provocaba sobre estos yacimientos recién volteados. Para ello, se procedió a documentar el número de fragmentos que aparecían por m<sup>2</sup> en alguno de los yacimientos más significativos, utilizando de muestra un yacimiento que está atravesado por una pared de separación de lindes de propiedad, que ha servido para preservar una mitad del sitio arqueológico. El resultado obtenido fue de 95 fragmentos de cerámica en una cuadrícula de 5 x 5 m en terreno removido, frente a los escasos 8 fragmentos que aparecen en la parte del yacimiento intacta. En próximos años seguiremos muestreando la zona alterada para cuantificar cómo se comporta ese material sacado a la superficie.

La cuarta y última campaña permitió finalizar la prospección de todo el círculo de 1,5 km en torno a Villasviejas del Tamuja. Estaba aún sin inspeccionar un tercio del segundo anillo teórico trazado alrededor del castro, que fue prospectado siguiendo los mismos criterios que en las fases anteriores. Se trazaron los recorridos teóricos en función de los accidentes del terreno, eligiendo tramos homogéneos delimitados por algún elemento destacado del paisaje, para facilitar los desplazamientos de ida y vuelta de los prospectores, de forma que fueran recorridos lo más rectos posibles. Esta zona no se había sometido al proceso de limpieza de matorrales al que hicimos alusión más arriba, por lo que los yacimientos no estaban tan alterados en superficie, siendo menor el número de fragmentos recogidos.

Terminado de prospectar el terreno seleccionado, aún se planificó una vuelta a él para revisar y

comprobar los datos obtenidos. Para ello se dedicaron 3 días, seleccionados en el mes de septiembre del año siguiente por ser una época con buena visibilidad sobre el campo en esta zona, con el fin de comprobar la correcta ubicación de todos los yacimientos y completar la información recogida durante las campañas anteriores. Además, quisimos cerciorarnos de que la totalidad del terreno había sido correctamente prospectada, para lo cual se volvieron a examinar algunas zonas que parecían presentar vacíos de información. Estas revisiones de control no modificaron los resultados ya obtenidos, pero sí nos garantizaba una alta fiabilidad de los datos.

### 3.2. Recogida y registro de la información

Descritas ya las estrategias seguidas para inspeccionar el terreno, es necesario dejar constancia de cómo se documentaron los yacimientos localizados y cuáles fueron las muestras de material arqueológico recogidas para su posterior estudio.

Puesto que a estos aspectos no se les suele dedicar espacio en la mayoría de los trabajos que se dedican a análisis de territorio, nos parecía conveniente romper con esa dinámica y ofrecer al lector los sistemas de fichas empleados para anotar los datos. Quizás haya influido en esta decisión el hecho de que nosotros nos encontráramos con pocos referentes a los que acudir para que nos sirvieran de modelo y orientación, ya que son escasos los que están publicados (Benito-López 1995-96: 163; Martín Bravo 1999: 24). Por otra parte, creemos necesario que se vaya difundiendo entre los arqueólogos la idea de que es preciso conocer de forma precisa cómo se recogen los datos de las prospecciones para poder valorar los resultados, de la misma manera que se realiza al publicar una excavación.

Se han manejado dos tipos de fichas de campo para recoger sobre el terreno el mayor número posible de referencias útiles, aunque cierta información se repita en ambas. En ellas se pretendía anotar todo lo relacionado con la ubicación de cada uno de los yacimientos localizados, su entorno ambiental, cuestiones de metodología de prospección y, por último, información detallada de las muestras de material arqueológico que se recogía.

Como *ficha registro* se utilizó una que presentara en una sola hoja el mayor número de yacimientos, aunque los datos que se reflejaran en ella fueran sólo de tipo general. Este sistema tiene la ventaja

que permite contemplar de una sola ojeada información de hasta 10 yacimientos.

La ficha registro (adaptación, con algunas modificaciones, de la utilizada en el Valle del Tajuña por Benito-López 1991: figs. 27-30) consta de 6 apartados:

- Características geográfico-topográficas, donde se incluyen los datos que permiten identificar la ubicación exacta del yacimiento en el espacio. Por ello se marca, junto al nº de yacimiento, los números de las hojas cartográficas en las que aparece, sus coordenadas, la altitud, el topónimo y una referencia al tipo de emplazamiento.
- Características de los prospectores, en donde se indica el número de los que participaban en el momento de identificar un hallazgo y si tienen o no experiencia en prospectar.
- Características del momento del hallazgo, indicando la fecha, hora y las peculiaridades ambientales.
- Características de la prospección, donde se anotaba cuál era la distancia entre los prospectores al producirse el hallazgo y las condiciones de visibilidad.
- Características del medio, marcando el tipo de vegetación, de suelo y su utilización actual.
- Características del hallazgo, que hace alusión a sus dimensiones y su clasificación cronológica o cultural.

Esta se completa con otra *ficha de yacimiento*, específica para cada uno de los sitios localizados, en la que se reseñaba todo aquello que no podía aparecer en la ficha registro.

- Identificación: campo con datos casi idénticos a los que también aparecen en la ficha anterior, con la salvedad de que ahora aparecen dos casillas para identificar al yacimiento: una para el número que se le da en el campo y otra para el nº definitivo de inventario. Además de los números, se indica el término municipal y el topónimo si lo hubiera.
- Localización: apartado dedicado a las coordenadas y la altitud del sitio.
- Tipo de yacimiento: se marca si es un hábitat abierto, una necrópolis, una estructura aislada, un hallazgo aislado, un poblado u otros.
- Emplazamiento: se crearon casillas para las diferentes modalidades del terreno que habíamos observado, diferenciando entre las que

aparecen sobre el río, en torno al río o en la penillanura.

- Dimensiones: se recogen los ejes mayores del yacimiento: largo por ancho.
- Visibilidad: orientación hacia el río o la penillanura y marcando en su caso si es inmediata, próxima o lejana. Resultó muy útil indicar el nombre de algún elemento del paisaje que nos fuera conocido como referencia para poder, después, reconstruir las visibilidades.
- Elementos del entorno: tipo de afloramiento, la vegetación, el relieve o el uso del suelo.
- Estructuras: que se observaran en superficie.
- Material de superficie: se marcaban las cuadrículas de muestreo que se realizaban, el total de los fragmentos contabilizados y el total de los recogidos. Se incluye aquí también un cuadro dedicado a los tipos y características de la cerámica recogida, aunque este apartado se rellena posteriormente en el laboratorio. Lo mismo sucede con el metal y otros tipos de materiales que se pudieran recoger.
- Muestras: apartado dedicado a indicar cualquier tipo de muestra que se seleccionara para estudio.
- Cronología.
- Observaciones.

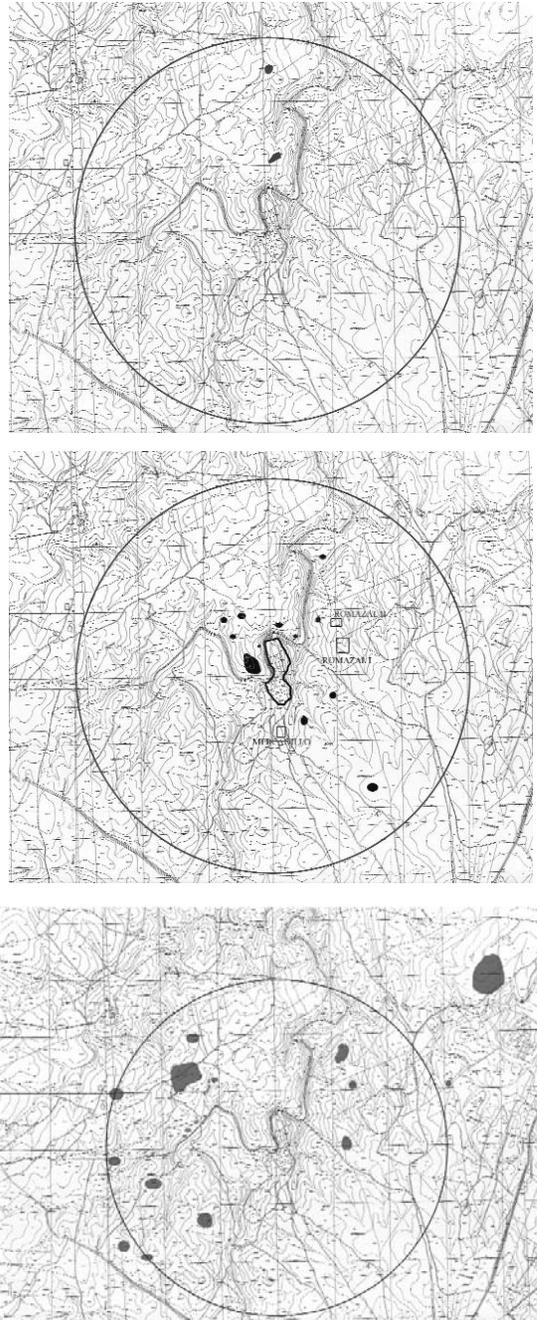
Además, se realizaba un diario de prospección, indispensable para anotar todas las incidencias, recorridos realizados y, en general, el discurrir de los trabajos realizados.

#### 4. Resultados obtenidos de la prospección

La prospección intensiva realizada, con el esfuerzo de tiempo y dinero que ha exigido, sólo resulta justificada si los resultados obtenidos permiten llevar a cabo el análisis para el que se planteó. Ya se indicó en la introducción de este trabajo que la meta final era conocer la evolución del poblamiento antes, durante y después de la ocupación del castro, intentando profundizar en las relaciones que se establecieron entre el poblado fortificado y su entorno. Para poder realizar un examen de los datos obtenidos que permita analizar ese proceso se exponen, a continuación, cuáles han sido los resultados obtenidos, detallando por orden cronológico los sitios que se han localizado (Fig. 4).

##### 4.1. Yacimientos del Hierro Inicial

Los restos más antiguos que se han identificado corresponden a dos hábitats abiertos del Hierro Inicial, separados entre ellos por unos 700 m de dis-



**Figura 4.-** Resultados de la prospección en el entorno de Villasviejas del Tamuja. 4.1. Yacimientos del Hierro Inicial, 4.2. Yacimientos del Hierro Pleno y 4.3. Yacimientos de Época Romana.

tancia (números 41 y 44). Están situados en un terreno prácticamente llano, justo en la línea que marca la ruptura entre la penillanura y la ladera hacia el curso del río Tamuja. Ambos asentamientos debieron de ser de escasas proporciones, pues sus restos aparecen dispersos por una superficie muy pequeña. El que mejor se ha podido medir es el que aparece en el mapa con el número 44, cuyas evidencias arqueológicas se distribuyen por un espacio de unos 25 x 30 m. No mucho mayor debió ser el que se situó sobre el lugar marcado con el número 41, aunque en este caso no haya podido medirse debido a que sus restos aparecen mezclados con los de una ocupación posterior de ese sitio en el Hierro Pleno.

La cerámica recogida en superficie se caracteriza por estar toda fabricada a mano, con paredes gruesas y cocción reductora, hecho que confiere un tono oscuro a los recipientes. Se han documentado cerámicas de gran tamaño, con paredes rectas y rematadas en bordes simples, presentando las superficies exteriores bruñidas, espatuladas o alisadas, incluso algunas con escobillados. Más llamativo resulta el hallazgo de un molde de arenisca para realizar varillas (Fig. 5).

#### 4.2. Yacimientos del Hierro Pleno

Bastante más numerosos son los asentamientos que se han documentado del Hierro Pleno, que ponen de manifiesto la profunda incidencia ejercida por el castro sobre su entorno. Además del recinto fortificado y de las tres necrópolis que se conocen hasta la fecha, la prospección ha revelado la exis-

tencia de 13 yacimientos que estuvieron ocupados en algún momento de la amplia cronología que ha ofrecido el castro de Villasviejas. De ellos, 11 se sitúan en un radio inferior a 0,5 km de distancia respecto a él y solamente 2 están ligeramente más separados, aunque no superan 1 km de distancia. En todos ellos se ha recogido en superficie material cerámico suficiente para confirmar que se trata de asentamientos, descartando la posibilidad de que sean necrópolis similares a las ya excavadas (Fig. 6). Cuatro de estos yacimientos se sitúan al sur del Tamuja, en la misma margen del río en la que se encuentra el castro (1,2,10 y 11). A ello hay que añadir el nº 13, que se aleja más de 1 km tanto del castro como del río, situándose en el área de penillanura.

Los restantes asentamientos del Hierro Pleno, un total de 8, se sitúan en la margen del Tamuja opuesta al castro. Se encuentran situados al norte del mismo, ciertamente, muy próximos a él, pero separados por el río Tamuja que surca entre ellos. Este río, en la actualidad, sufre un fuerte estiaje, hecho que posibilita que se pueda transitar de una orilla a otra durante gran parte del año. Sin embargo, no hay que olvidar que, cuando discurre lleno de agua, supone una barrera entre una margen y otra de su cauce, convirtiendo el espacio frente al castro en un territorio próximo visualmente, pero alejado a nivel de comunicación, al necesitar un esfuerzo y un tiempo importante para acceder a él.

Por este motivo, al analizar el conjunto de los sitios ocupados durante el Hierro Pleno, hemos de tener en cuenta el factor de mayor o menor dificultad existente en la comunicación entre ellos a la hora de plantearnos cuál pudo ser su interrelación. A ello hay que añadir que algunos sitios, sobre to-

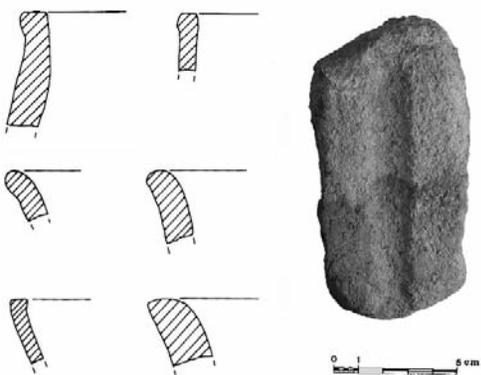


Figura 5.- Materiales representativos de yacimientos del Hierro Inicial.

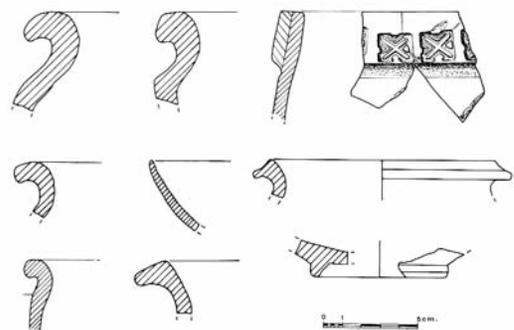


Figura 6.- Materiales representativos de yacimientos del Hierro Pleno.

do los más próximos al castro, como el yacimiento 11, pudieran no ser lugares de hábitat sino sitios en los que se realizaran actividades comunitarias para todos los habitantes del castro y sus alrededores, frecuentes en la vida rural. En este sentido, no hemos de olvidar que en otros poblados de la Edad del Hierro que han sido prospectados, como es el caso de Las Cogotas en Ávila, también se ha señalado la posibilidad de que algunos restos correspondieran a zonas de mercado o esparcimiento (Álvarez-Sanchís 2003:141).

A los asentamientos y las necrópolis que hemos reseñado hay que añadir otro tipo de evidencias de muy diferente carácter, pero que son otra huella dejada por el hombre en el espacio, como son los fragmentos de esculturas zoomorfas que se encuentran en el cauce del Tamuja. No conocemos cuál fue el emplazamiento original de estas representaciones zoomorfas, ya que en la actualidad se han reaprovechado colocando los fragmentos en el cauce del río para servir de zona de paso en un vado, sirviendo a modo de pontones junto a otras piedras informes. Se conservan dos fragmentos:

- Mitad trasera de escultura zoomorfa con forma de toro en la que se marca la pata. Sus dimensiones son: 93 cm de longitud, 50 cm de altura y 37 cm de ancho.
- Mitad trasera de escultura zoomorfa en forma de toro de 56 cm de longitud, 60 cm altura y 48 de ancho.

Si los asentamientos son prueba de que el hombre habitó en este espacio, las esculturas están más relacionadas con la forma de marcar o delimitar el territorio exterior a los poblados (Álvarez-Sanchís 1999), de ahí la importancia de documentarlas en la prospección. Pero, al estar reutilizadas, lo único que podemos indicar es que su emplazamiento actual coincide con una zona de vado.

#### 4.3. Yacimientos Romanos

La etapa romana es la que ha proporcionado más información sobre el poblamiento y la explotación de los recursos naturales que existen en este territorio. No sólo porque son más numerosos los yacimientos romanos que los de las épocas anteriores, sino porque, además, son de mayor tamaño y ofrecen una mayor variedad de formas y funciones. Ello permite llevar a cabo una lectura bastante completa de las relaciones entre ellos y el medio que los rodea, difícil de realizar en otros casos.

La prospección nos ha proporcionado poder diferenciar tres tipos distintos de yacimientos en esta zona:

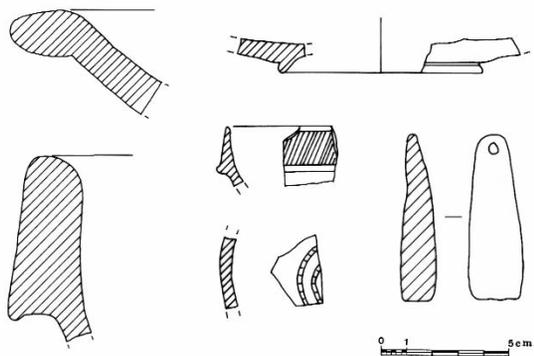
1. Asentamientos de distinta forma y cronología.
2. Pozos de minas, tallados en la pizarra a cielo abierto o pequeñas galerías en forma de pasillo en los que se benefició el mineral.
3. Acumulaciones de escorias con restos del trabajo del mineral, a modo de escombreras, localizadas en las inmediaciones del río.

Es decir, podemos analizar uno de los escasos ejemplos de obtención y trabajo de un recurso natural al pie de donde se obtiene y conocer las repercusiones que su explotación acarreo en ese territorio, especialmente en el patrón de asentamiento.

Los lugares de hábitat se encuentran distribuidos a derecha e izquierda del Tamuja, sin que entre ellos exista, en muchas ocasiones, ni intervisibilidad ni fácil acceso. Se han diferenciado dos grupos. El primero está situado en la margen izquierda del río Tamuja y comprende el conjunto más numeroso de asentamientos, bocas de mina y escombreras de escorias. El segundo se sitúa en la margen derecha, donde no existen evidencias de explotaciones mineras.

Del conjunto de hábitats de la margen izquierda del Tamuja destaca el que hemos marcado con el número 30. Se trata de un asentamiento en llano que ocupa una zona ligeramente amesetada, de unas 4 hectáreas, muy próximo al río Tamuja. Entre las evidencias arqueológicas halladas en este yacimiento hemos de destacar la presencia de abundantes restos de construcciones como fragmentos de granito, algunos con forma de sillar, ladrillos, tégulas e ímbrices y cerámicas, entre las que hay que aludir al grupo de las *terra sigillata* pues es uno de los elementos que nos permiten fechar este asentamiento a partir del cambio de Era (Fig. 7). Asociados a este poblado se localizaron 3 grandes acumulaciones de escorias o escombreras situadas entre el hábitat y el río Tamuja, que evidencian el vínculo entre el asentamiento romano y la producción de mineral. El resto del registro que testimonian las actividades mineras, como los pozos que documentan la extracción y las escombreras de escorias, se distribuyen en un entorno próximo al gran asentamiento 30 (Fig. 8).

La minería antigua ha sido un campo de estudio con notable tradición, derivada no solo de la formación como ingenieros y geólogos de muchos de los pioneros de nuestra arqueología, sino también del



**Figura 7.-** Materiales representativos de yacimientos de Época Romana.

hecho que los sucesivos pueblos colonizadores y dominadores del territorio tuvieran un gran interés por la riqueza en todo tipo de metales del suelo peninsular. Si bien esta lectura es hoy ampliamente matizable, como muchos estudios han puesto de relieve, especialmente para la época prehistórica (Hunt 2003; Romero y Pérez 2004), no cabe duda que la explotación de estos recursos resultó uno de los pilares en los que se basó la estrategia territorial romana en la Península Ibérica (Domergue 1990; García Romero 2002).

Las explotaciones mineras romanas se caracterizan, en líneas generales, por un mayor desarrollo de las evidencias que muestran sobre el paisaje, respecto a las de cualquier etapa prehistórica. Esto es válido no solo para las explotaciones de materias ya demandadas anteriormente, como el cobre, el estaño y el hierro, sino también para otros materiales como el plomo, cuya explotación “es claro exponente de las necesidades del mundo romano, prácticamente inexistentes en el indígena” (García Romero 2002: 216). Parece lógico pensar que es a dichas necesidades a las que responde la explotación de este mineral en la zona de estudio, coincidiendo con las nuevas técnicas edilicias puestas en marcha en los asentamientos romanos, especialmente en ciudades como Norba y Turgalium.

Refiriéndonos exclusivamente al Suroeste peninsular, un buen número de explotaciones mineras romanas de diversa cronología han sido investigadas sistemáticamente: El Centenillo (Domergue 1971), Huelva (Blanco y Rothenberg 1981), Aljustrel (Domergue 1983), Valderrepisa (Fernández y García 1993) o La Loba (Blázquez *et alii* 2002), son solo algunos ejemplos de un modelo de captación de recursos minerales variado y adaptado a la realidad



**Figura 8.-** Evidencias de minería romana. 8.1. Pozo de mina y 8.2. Acumulaciones de escorias.

del entorno y a las necesidades de explotación específicas de cada caso. En todas ellas encontramos un buen número de similitudes, pero igualmente observamos diferencias palpables, tanto en la intensidad y en la duración de la explotación, cuanto en los elementos y restos del proceso minero y metalúrgico en ellas documentados.

Los hallazgos en prospección superficial en el entorno del castro de Villasviejas del Tamuja se limitan a la documentación de pozos de mina y acumulaciones de escoria, asociados directamente a materiales romanos. Este tipo de restos y asociaciones materiales, son los principales vestigios ofrecidos por las explotaciones mineras antiguas (Hunt 1996). Todos ellos se localizan en torno a un asentamiento principal cuya cronología ciframos, a partir de los hallazgos cerámicos, en torno al siglo I d. C., con probable perduración hasta algún momento del II d.C. La duración de esta explotación parece condicionada, más que por cualquier evento específico coetáneo, por el traslado de la explotación unos kilómetros hacia el norte, siguiendo el mismo filón, en la zona donde, hasta principios del siglo XX, estuvo en explotación la mina La Sevillana. En ella, el beneficio de la explotación directa del

plomo se incrementaba por su gran contenido de plata, haciendo más rentable la explotación (VV. AA. 2006: 99-100 y 205). Probablemente, sea de esta última zona de la que proceden los instrumentos mineros romanos que ingresaron, en 1900, en el Museo Arqueológico Nacional (expte. 1900/64), como procedentes de Plasenzuela, con el conjunto de la colección de D. Recaredo de Garay, él mismo ingeniero y catedrático de minas.

La explotación podía realizarse por medio de trincheras o cortas, galerías y pozos. Todas ellas son conocidas desde la Prehistoria, aunque la explotación por medio de pozos y galerías adquiere un gran desarrollo en época romana, cuando los filones comienzan a explotarse incluso a grandes profundidades, que llegan a alcanzar, en casos excepcionales, más de 200 metros (García Romero 2002: 269). Tipológicamente, un buen número de pozos romanos adopta una sección cuadrangular con el fin de facilitar su entibo y la sujeción de estructuras de madera para el acceso y extracción del mineral. Así mismo, es frecuente la aparición de pozos geminados, con la función de mejorar la ventilación de las zonas de trabajo (*ibidem*: 262 y ss.; Domergue 1990: 413-62).

Respecto a las acumulaciones de desechos y escorias, sus características, volumen y localización son indicativas de las diversas fases que median entre la obtención del mineral en bruto y su conversión en metal más o menos refinado. Genéricamente, éstas pueden dividirse en procesamiento previo a la fundición y fundición propiamente dicha (García Romero 2002: 345-83; *vide* Domergue 1990: 495 y ss.). Las primeras incluyen la molienda o triturado del mineral, su criba y su lavado. En este último proceso es imprescindible contar con un buen aprovisionamiento de agua, por lo que en muchas ocasiones se sitúan junto a cursos fluviales, tal y como sucede en la explotación localizada en el entorno de Villasviejas.

El proceso de fundición propiamente dicho, incluye las fases de tostación, fusión y refinado. Cada una de las cuales puede ser repetida varias veces en función de la riqueza o pobreza en metal del mineral obtenido. Es la que genera las acumulaciones de escorias que encontramos asociadas a las explotaciones mineras (García Romero 2004: 109-12). El tipo de escorias varía en cada proceso, y su estudio en profundidad revela la diversidad de procedimientos empleados en cada caso. Junto a las zonas de hallazgo de escorias pueden encontrarse igual-

mente las evidencias de los hornos necesarios para llevar a cabo la fundición, que pueden ser de diverso tipo (*ibidem*: 112 y ss.).

Los hallazgos del entorno de Villasviejas del Tamuja se integran perfectamente en el panorama de pequeñas explotaciones mineras romanas, a menudo, no excesivamente duraderas en el tiempo, y que caracterizan las regiones periféricas de los grandes núcleos de explotación casi industrial.

También se ha documentado otro grupo de yacimientos, diferentes de los anteriores, que no se relacionan con el complejo de asentamientos y explotación del Alto Imperio, dado que, por su cronología y naturaleza apuntan a un momento de ocupación de este territorio bajoimperial. Generalmente, son de pequeñas dimensiones y están situados en suaves elevaciones, apenas destacadas de su entorno y rodeados de algún arroyuelo. También se han documentado en llanura.

El grupo de asentamientos situados en la margen derecha del Tamuja son menos numerosos y no parecen estar tan vinculados al agua del Tamuja y su relación con las extracciones mineras parece dudosa, pues no se han localizado ni pozos de minas ni escombreras de escorias. Se incluyen en este apartado asentamientos en llano o en ligeros resaltes.

Por último, hemos de citar el asentamiento 45. Es de grandes dimensiones y, aunque situado en un terreno llano, se ha escogido uno de los puntos ligeramente más elevado para construir las edificaciones, desde donde existe un control visual sobre el entorno. Se encuentra próximo a varios regatos. Su ubicación responde a una pauta diferente a los restantes asentamientos romanos. En superficie aparecen bloques de canterías de granito y alineaciones de ladrillos. También se han recogido fragmentos de cerámica, destacando los de *terra sigillata*.

## 5. Pautas de ocupación del territorio

### 5.1. Las evidencias de ocupación anteriores al I milenio a.C.

La penillanura que cruza el río Tamuja no ha proporcionado evidencias de ocupación humana anteriores a la Edad del Bronce. Antes de esa época sí se han documentado asentamientos en esa área, pero no precisamente en la zona llana que ahora estamos estudiando sino en el reborde abrupto que se alza sobre la penillanura, a unos 4 km al este de Vi-

llasviejas, donde se han excavado algunos yacimientos calcolíticos.

Estos datos permiten aventurar la hipótesis de que las primeras ocupaciones sistemáticas de esta extensa penillanura se iniciaron en época tardoneolítica y se consolidaron durante el Calcolítico, siendo muy escasa la ocupación humana anterior, no solo aquí sino en amplias zonas del área extremeña. En cambio, durante el Calcolítico se asiste a la aparición de poblados situados en alturas, fenómeno que no es exclusivo de este territorio sino que se conoce bien en buena parte de las regiones del interior de la Península.

Es cierto que en nuestra zona de estudio sería necesario haber prospectado un área más amplia para comprobar de forma categórica que fue escasa la presencia humana antes del Calcolítico. Pero si nos fijamos en otras regiones interiores de la meseta que han sido intensamente prospectadas, nos encontramos con datos similares. Hay que recordar el ejemplo del Valle del Tajuña (Madrid), cuya prospección intensiva y análisis posterior llevó a Almagro-Gorbea y Benito-López a hablar de una auténtica colonización de los valles interiores de la Meseta en época calcolítica, frente a los escasos vestigios de época paleolítica y neolítica (1993: 301).

Centrándonos de nuevo en la penillanura de Botija, hemos de señalar que esa primera ocupación sistemática del medio se caracteriza por una marcada preferencia por las elevaciones graníticas para situar los poblados, mientras que son muy escasos los vestigios encontrados en la llanura. González Cordero *et alii* (1991: fig. 1) señalan que localizaron 11 asentamientos calcolíticos, de los cuales 10 se concentran en la zona alta del batolito granítico que se encuentra a unos 4 km al este de Villasviejas del Tamuja, agrupados en un área de 50 km. Tan sólo 1 poblado se decantó por la proximidad al río. Entre los emplazamientos buscados, preferentemente destacan las mesetas elevadas unos 100 m sobre la penillanura, los bordes del batolito granítico que presentan unas laderas escarpadas o las zonas más altas de ese batolito.

Algunos de esos poblados estuvieron ocupados hasta el Campaniforme, pero no se volvieron a ocupar en épocas posteriores, por lo que se puede afirmar que no parece que esos emplazamientos característicos del Calcolítico fueran elegidos luego por las poblaciones de la Edad del Bronce. De hecho, en los puntos altos del batolito casi desaparecen las huellas de ocupación humana, siendo anecdótica la

aparición de materiales del Bronce Final en el cerro de Castillejos (*ibidem*: 17).

## 5.2. La primera mitad del I milenio a.C.

La Edad del Bronce es un período que pasa casi desapercibido en la secuencia de yacimientos documentada hasta la fecha, ya que las evidencias más antiguas de ocupación del entorno de Villasviejas corresponden a los últimos momentos de esa Edad del Bronce y especialmente a comienzos de una nueva época que coincide en líneas generales con el cambio del II al I Milenio a.C. Aunque las muestras que se recogen en una prospección de superficie casi siempre son menos significativas que las de una excavación y, por lo tanto, más difíciles de datar, hay que poner de relieve el hecho de que se han reconocido pequeños asentamientos abiertos ubicados en la llanura que se pueden atribuir a ese momento calificado de Hierro Inicial. Estos asentamientos no eligieron para ubicarse lugares prominentes del paisaje, ni ocuparon los espigones sobre la ladera del Tamuja, sino que están emplazados sobre suaves elevaciones de la llanura, con algún arroyo próximo.

Ya hicimos alusión en las páginas anteriores a que se trata de hábitats cuyos restos ocupan una superficie de poco más o menos 25 m de diámetro o algo más en otros casos. Esto indica que son difícilmente localizables si no se lleva a cabo una exhaustiva tarea de prospección, y explica que prácticamente hubieran pasado desapercibidos para la investigación hasta fechas recientes. Por ello, antes de iniciar la prospección, prácticamente se desconocían los asentamientos en llano y parecía difícil localizarlos en ese terreno. De hecho, existía una ausencia de información entre el bien conocido período Calcolítico y la aparición del poblado fortificado de Villasviejas, el único que sí era fácilmente localizable. Además, los datos disponibles hasta la fecha para otras áreas cercanas apuntaban hacia una concentración del poblamiento en sitios en alto con buena defensa natural, lo que *a priori* podía hacer pensar que esta zona no estaría habitada. Sin embargo, el desarrollo de las prospecciones intensivas, tanto en otras comarcas de Extremadura como en las colindantes áreas meseteñas durante los últimos años, ha puesto de manifiesto que en la penillanura no existió tal vacío. Junto a las ocupaciones de los puntos más altos de la región, que estuvieron habitados en el Bronce Final y durante el Hierro Ini-

cial, empiezan a conocerse hábitats contemporáneos en llano bien documentados en la zona de Ávila (Delibes 1995) como en la más cercana comarca de Alcántara (Martín Bravo 1994, 1999). En el entorno de Villasviejas, como en la comarca de Alcántara, se repite el mismo modelo de asentamiento en llano, difícilmente localizables salvo por inspecciones minuciosas del terreno, en los que aparece una cerámica a mano que también encontramos en los asentamientos en altura contemporáneos. Estos datos empiezan a poner de manifiesto que en la penillanura existió una ocupación dispersa de pequeños poblados, aún mal conocidos pero que futuros trabajos nos permitirán examinar mejor. En cualquier caso hay que recalcar el hecho de que en uno de ellos se ha localizado un molde de arenisca para fundir varillas similar a los localizados en los poblados en altura portugueses (Vilaça 1995). Este dato no puede pasar inadvertido porque, a pesar de proceder de una prospección, muestra que las actividades de producción existieron tanto en los poblados en altura como en los de menor tamaño del llano.

Las pautas de poblamiento analizadas en el resto de la región ponían de manifiesto que estos poblados en llano suelen tener como referente visual algún asentamiento en alto, fortificado o no. En el caso de la penillanura que rodea a Villasviejas existe una buena visibilidad sobre el reborde abrupto formado por el batolito granítico, pero en él no se ha localizado poblamiento contemporáneo al de estos hábitats de la llanura. En cambio, existen indicios de una ocupación coetánea en el cerro del Guijorro, un punto elevado de este paisaje que se ve desde una amplia zona de la penillanura. Aunque faltan sondeos estratigráficos que confirmen la contemporaneidad de ambos tipos de emplazamientos, las evidencias recogidas en superficie sí avalan que, al menos en un período de tiempo cercano, se ocuparan los dos.

Es difícil llegar a precisar durante cuánto tiempo estuvieron habitados estos asentamientos, información que solo se puede obtener de un buen repertorio de hallazgos de materiales. A falta de ellos, solo cabe deducir, de las evidencias recogidas, que fueron asentamientos de escasa entidad y poca extensión. Es posible que se habitaran durante un tiempo no excesivamente largo, aunque tampoco hay que confundirlo con una ocupación ocasional, ya que, de ser así, aún sería mucho menor su evidencia arqueológica. En este sentido, hay que aludir a los re-

sultados obtenidos por uno de nosotros en una prospección experimental en la comarca de Alcántara sobre los enclaves donde estuvieron instaladas cabañas de ramajes o “majadas” de forma reiterada hace unos 25 años. Los resultados obtenidos allí indican que ese tipo de ocupación estacional prácticamente no deja huella en el registro arqueológico (Martín Bravo 1999: 24). Por ello hay que suponer que los vestigios recuperados durante las prospecciones arqueológicas, a pesar de su escasa entidad, proceden de asentamientos habitados a lo largo de un período de tiempo suficiente para acumular los desechos que han formado el registro arqueológico. Es posible que la duración de estos hábitats se corresponda con un ciclo de aprovechamiento de tierras o de pastos que marque el comienzo y el final de una ocupación de este tipo, tal vez reocupados en varias ocasiones, volviendo al mismo lugar de forma periódica.

De todo lo expuesto interesa destacar que este territorio estuvo ocupado por pequeños enclaves durante la primera mitad del milenio, especialmente aquellas zonas de penillanura próximas al agua y ligeramente resaltadas sobre el entorno. Estos poblados en llano complementan el patrón ya conocido de asentamientos en alto, que serían el referente visual para la gente que vivía en la llanura. De su cultura material conocemos las cerámicas, que presentan una característica superficie alisada, más o menos brillante, de tonos marrones, a veces decorada con escobillados, similares a las documentadas en el resto de la región (Martín Bravo 1999: 111). Nos recuerdan a las que aparecen en los poblados del Bronce Final excavados en la Beira portuguesa por Vilaça (1995), pero se diferencian de ellas en que no presentan las formas carenadas y los bruñidos tan típicos de la etapa anterior.

### **5.3. La segunda mitad del I milenio a.C.: la aparición del castro**

Desde mediados del I milenio a.C., tenemos constancia de que se ocupa de forma continuada el espigón más abrupto del curso del Tamuja y algunas de las mesetas más cercanas, surgiendo allí un castro fortificado. Los materiales más antiguos recuperados en las excavaciones de Villasviejas indican claramente que ese sitio se habitó desde el siglo IV a.C. y no se abandonó hasta el cambio de era. Estuvo ocupado a lo largo de cuatro siglos, lo que supone un cambio radical respecto al patrón de

asentamiento anterior. Este espacio de penillanura no había conocido asentamientos de tan larga duración antes del Hierro Pleno, pues solo algunos puntos en alto del batolito estuvieron habitados durante períodos amplios. Ese comportamiento no es exclusivo de esta zona, puesto que hasta el Hierro Pleno no se documentan poblados de gran extensión y duración en un terreno tan poco abrupto y de escasa visibilidad sobre el entorno, como el que ocupa el castro de Villasviejas, ni en esta zona ni en el resto de la cuenca extremeña del Tajo.

Sería interesante poder precisar si desde el principio estuvo ya fortificado o bien se amuralló después de llevar un tiempo habitado. Pero esa cuestión está sin resolverse no solo en Villasviejas, sino en los demás castros de la región y del resto de la Península. Lo que, por primera vez, sí se ha podido documentar es que, desde mediados del milenio, estaban ocupados al menos dos espigones de los que rodea el río Tamuja, uno enfrente del otro, y que, de ellos, tan solo uno se reforzó con muralla. Da la impresión de que estos sitios estuvieron habitados como enclaves abiertos y que, en determinado momento, el lugar que mejores condiciones naturales presentaba para ser defendido con una muralla se transformó en castro, aunque otras mesetas próximas también continuaron habitadas.

Es cierto que cuando empieza a ocuparse Villasviejas, las fortificaciones llevaban varios siglos de desarrollo en la región, pues investigaciones recientes han documentado que desde el Hierro Inicial se estaban amurallando algunos poblados situados en altura (Martín Bravo 1999:104; Berrocal y Moret 2007: 19 y ss.). En esos momentos iniciales sí se ha constatado que se levantaron murallas en enclaves que se habían ocupado antes, puesto que ofrecen una secuencia de ocupación desde el Bronce Final hasta el Hierro Inicial, y tan solo en este último período se han documentado las murallas más antiguas.

Las excavaciones realizadas sobre la muralla del castro aportan pocos datos sobre su cronología inicial y bastantes sobre su final. Los sondeos abiertos en el sector NW por Ongil (1991) sacaron a la luz varias estancias superpuestas situadas a 3 m de la muralla, pero sin ninguna relación entre ambas hasta el último momento. Las construcciones más antiguas se abandonaron en el siglo III a.C., como demuestra la Campaniense A que aparece en el nivel que las sella. Por cima de ese nivel aparece el suelo de otra habitación en la que se encontraron

Campanienses C o D, por lo que corresponde al siglo II a.C. Sobre ella se levantó un tercer nivel de edificaciones, a finales del siglo II o comienzos del I a.C., que ya sí conectó con la muralla pues se apoyó encima de ella. Este dato nos informa de que en ese momento había perdido su valor defensivo, sirviendo únicamente como plataforma para las construcciones. En el Sector NE se sondeó otra zona junto a la muralla, pero no se pudo alcanzar el nivel de cimentación debido a problemas de derrumbes. Aun así, se constató que, a finales del siglo II o comienzos del I a.C., se construyeron también aquí edificios que apoyan sobre el relleno de la muralla, convirtiéndola en una plataforma para edificar. Para nivelar hasta conseguir formar esa plataforma se relleno la zona superior de la muralla con material de derribo que contenía fragmentos de cerámicas griegas del siglo IV a.C. (Ongil 1991: 253). Este dato tan solo indica que, al final de la vida del castro, se llevaron a cabo remociones de terreno importantes que afectaron a zonas en las que había materiales desechados y que ya habían perdido todo su valor. Por tanto, los datos expuestos indican que, a comienzos del siglo I a.C., la muralla de Villasviejas, en los puntos excavados, servía de cimentación a algunas viviendas. Esto hace suponer que había perdido parte del valor simbólico o funcional para el que fueron levantadas. Aun así, pudieron mantener un papel defensivo ya que las estancias construidas sobre ella también pudieron hacer las veces de parapeto.

Se conocen también viviendas adosadas a la muralla en otros puntos gracias a las excavaciones realizadas por uno de nosotros (Hernández *et alii* 1989) junto al torreón del recinto "A" y en el recinto "B". Esos trabajos sacaron a la luz viviendas construidas en pizarra que se adosaron sobre los paramentos de granito de la muralla. Dichas diferencias constructivas hacen suponer que la cronología de las casas sea posterior a las defensas, ya que no parece lógico levantar un paramento en granito para ocultarlo con casas de peor calidad constructiva. Tanto las casas del recinto A como las del B contenían cerámicas romanas, por lo que debieron construirse durante las últimas fases de ocupación del poblado.

Aparte de los datos de excavación, la inspección visual de la muralla revela diferencias constructivas importantes a lo largo de su trazado, que ponen de manifiesto un proceso de mantenimiento, mejora o incluso de refuerzo de las defensas durante el largo

período en el que estuvieron en uso. Las modificaciones más importantes se aprecian en las zonas de acceso, que son las que cuentan con peor defensa natural, donde se levantaron unos paramentos de sillares de granito de buen aparejo, que en nada se asemejan a los tramos construidos con las lajas de pizarra. Semejantes diferencias se aprecian también entre el torreón situado en esa zona más vulnerable, levantado con bloques de granito, que presenta los sillares de granito perfectamente alineados en las esquinas, con respecto a los torreones de pizarra que dan sobre el Tamuja.

En definitiva, lo que aporta esta prospección de novedad, respecto a la cuestión de si el castro se amuralló desde el comienzo de su ocupación, es el hecho de demostrar que existieron varios sitios muy próximos habitados desde el siglo IV a.C., situados casi enfrente y siempre en las orillas del Tamuja, y que uno fue el elegido para reforzarlo con muralla. Es posible, por tanto, aventurar la hipótesis de que la muralla se construyera en un lugar que ya estaba siendo habitado sin amurallar y que, en un determinado momento, se transforma de poblado abierto en castro. La muralla es el elemento emblemático que lo transforma en enclave aglutinante de la población y su papel siguió vigente hasta el final de la vida del castro.

De todas formas, el castro no fue la única modalidad de asentamiento existente, sino que hubo población habitando fuera del recinto amurallado, constatando una realidad que habíamos supuesto pero que, hasta ahora, no se había documentado con datos arqueológicos. En el entorno del castro existieron otros asentamientos, todos de pequeño tamaño. Hay que destacar que ninguno de ellos aparece en la zona más cercana y de más fácil acceso a Villasviejas, zona que ha sido intensamente prospectada. Los que están sobre la misma margen del Tamuja se alejan del castro, mientras que los que están en la margen contraria aparecen situados justo enfrente de él, ocupando las mesetas del reborde abrupto del río, en idéntico emplazamiento al del castro. Buena parte de esa población flotante se asentó en el entorno visible desde el castro.

Es posible que algunos de esos núcleos tengan su razón de ser en que fueron creados con una funcionalidad específica, quizás para realizar determinado tipo de actividades que no son viables dentro del propio castro, como el trabajo del mineral. Sin embargo, no parece que esa sea la justificación de esa ocupación del entorno, ya que actividades rela-

cionadas con el trabajo del metal también se han documentado en el propio castro y, además, el registro arqueológico demuestra que no todos esos enclaves se especializaron en tareas específicas. Es posible que esos pequeños núcleos estuvieran volcados hacia la explotación del campo y el ganado, siendo útil residir en la otra orilla del río para aprovechar los pastos sin tener que cruzar el río con los animales. Pero, al margen de una cuestión práctica en el aprovechamiento de los recursos, debió existir una motivación social que justifica que unas gentes residan dentro del poblado amurallado y otras lo hagan en pequeñas agrupaciones de casas próximas a él, pero extramuros.

El material cerámico que proporcionan estos pequeños asentamientos es de idéntica cronología al que se recogió durante las excavaciones en el interior del castro, algunos apuntando hacia fechas del siglo IV-III a.C. y otros más bien hacia el siglo II a.C. Este dato es importante para poder indicar que ese modelo de poblamiento disperso existió durante todo el Hierro Pleno, transformándose uno de estos núcleos en castro, mientras en los terrenos de su entorno continuó viviendo parte de la población en pequeños asentamientos abiertos.

La única salvedad destacada es que en esos pequeños enclaves no aparecen las cerámicas pintadas características de las fases más antiguas de Villasviejas. No debe atribuirse esa carencia a una cuestión de cronología ni a las limitaciones de la prospección, ya que sí se han localizado otros materiales de esas fechas en yacimientos extramuros. Lo que sí se aprecia es que esos pequeños enclaves sólo proporcionan cerámicas comunes, mientras que los elementos de mayor prestigio se limitan al castro y sus necrópolis. Esa apreciación puede estar indicando que, una vez surgido el poblado fortificado, existió un diferente acceso a los bienes de lujo de los habitantes del castro y de los que viven en los pequeños asentamientos que lo rodean. Y esa diferenciación sí puede justificar que existiera una diversificación del patrón de asentamiento.

En definitiva, interesa destacar el hecho de que se ha podido documentar, por primera vez, la existencia de un modelo de poblamiento en el que convivieron distintos tipos de hábitats, siendo el núcleo vertebrador el castro, rodeado por asentamientos satélites que viven en función de él. Configuran un cinturón de asentamientos que lo envuelven ocupando una franja de territorio de aproximadamente 1 km, desapareciendo más allá. Esos hábitats son

de menor entidad que el castro y se diferencian de él, además, por:

- Ser núcleos abiertos, frente al carácter amurallado del castro.
- Estar habitados durante un tiempo mucho más breve de lo que lo estuvo el asentamiento principal.
- Ausencia de elementos de prestigio, que nos informa que el tipo de asentamiento en el que viven los diferentes miembros de la comunidad está íntimamente relacionado con la posición que se ocupa dentro del grupo.

Tan solo el castro estuvo ocupado de forma continua durante esos cuatro siglos, documentándose en él remodelaciones en las casas, evolución en las formas cerámicas y en el uso de tres necrópolis de forma diacrónica durante esos siglos. Todo ello sin que se hayan documentado rupturas, ni la llegada de poblamiento foráneo que alterase la vida del castro. Las modificaciones de las casas no cambiaron ni el trazado de las viviendas ni el de las calles. Las cerámicas fueron dejando atrás los picos de ánade y las decoraciones pintadas de los siglos IV-III, decantándose por los labios vueltos y las paredes lisas durante el II-I. Las necrópolis, por su parte, son la evidencia más clara de esos cambios paulatinos que la sociedad experimenta, de forma lenta pero progresiva. Ningún dato de los obtenidos por nuestros trabajos concuerdan con la llegada de “migraciones de celtíberos” a esta zona, recientemente propuesta por Burillo (2007: 382), ni los testimonios del registro arqueológico muestran una explotación minera de este sitio hasta época romana imperial, posterior al abandono del castro.

## 6. Conclusión:

### Villasviejas en su contexto cultural y regional

La prospección nos ha permitido documentar el proceso de evolución de los patrones de asentamiento a lo largo del I milenio a.C. en un espacio en el que, en algún momento del siglo IV a. de C., se levantó el castro de Villasviejas. Pero ese proceso no se puede analizar aisladamente, puesto que comparte idénticas características con el resto de la penillanura cacereña y, por ello, sería un error terminar este estudio en sí mismo, como si de un caso aislado se tratara. Villasviejas se fortificó en el mismo momento en el que otros muchos núcleos de rasgos similares están formándose en la región, ca-

da uno erigiéndose en la cabeza visible de la organización del poblamiento en su territorio. Si el análisis a nivel local nos ha permitido conocer cómo se ocupó el territorio antes, durante y después de que existiera el castro, es preciso integrar esa visión concreta en el marco de las sociedades de la Edad del Hierro que compartieron esa región, cuya evolución ya se conoce a nivel general (Martín Bravo 1999).

Para analizar la relación de Villasviejas con su territorio tenemos que ver con qué otros núcleos convivió, determinar qué espacios estuvieron ocupados y cuáles vacíos, más allá de su propia zona de explotación. En definitiva, es necesario saber quiénes fueron sus vecinos más próximos y profundizar en las relaciones internas regionales, superando el estudio del propio yacimiento. Es cierto que Villasviejas del Tamuja reúne una variedad de elementos excepcionales, como los verracos o las tan citadas monedas de Tamusia, que han primado sobre el análisis del conjunto. Ese registro muestra influencias muy diversas. Desde las claramente ibéricas que ponen de manifiesto las estructuras de piedra de los enterramientos de la necrópolis de “El Mercadillo” y sus cerámicas pintadas (Hernández y Galán 1996: 103), de una calidad y riqueza como no se conocen en otros yacimientos del occidente en esta época, al armamento de influencia celtibérica de la necrópolis de “El Romazal I” (*ibidem*: 116), también único por sus características fuera de la zona celtibérica, o los conocidos verracos, que han dado lugar a que se considere este castro como un núcleo vettón (Álvarez-Sanchís 1999: 102), aun a pesar de los rasgos tan diferentes que presenta este yacimiento y sus materiales frente a los castros de la zona abulense. Por ello insistimos en que solo podremos conocer la personalidad de estas gentes si lo analizamos en su contexto regional, dejando sin primar el estudio de una determinada manifestación artística sobre el conjunto de rasgos que nos presentan la comunidad que la creó.

Hemos de destacar que las poblaciones que habitaron en Villasviejas y su entorno no difieren de aquellas otras gentes que habitaron en torno a la cuenca extremeña del río Tajo. De hecho, comparten una región natural surcada por el río y delimitada por barreras naturales importantes, que los separan de otras sociedades que vivieron al norte o al sur de las sierras. Esa vinculación a un espacio natural es esencial para entender su peculiar iden-

tividad, dado que las barreras naturales dificultaron notablemente las comunicaciones al norte y sur, contribuyendo a reforzar los lazos entre las comunidades de la penillanura. Por ello es de suma importancia destacar que la orografía va a marcar la existencia de grandes áreas naturales que se traducen en zonas culturales por esa dificultad de comunicarse con otras regiones, rasgo que no puede ser ignorado a la hora de analizar la identidad de estas gentes.

En estudios anteriores hemos destacado, de forma reiterada, que esta región se caracteriza por ser una zona bisagra entre la Meseta Norte y el Suroeste peninsular, puente entre ellas pero también un paso difícil de jalonar justamente por la existencia de esas barreras naturales a las que antes hacíamos alusión. La cuenca extremeña del Tajo se diferencia claramente de los otros tramos del río por su carácter de penillanura, en la que se encajan los ríos, rodeada por las Sierras de Gredos y Gata al norte, las Villuercas al este, más la de Montánchez y San Pedro por el sur. Estos obstáculos no impidieron los contactos a través de la región, pero sí son la causa de que se perciba una fuerte gradación de las influencias desde el sur al norte, y al revés, a lo largo de la pre- y protohistoria, justo hasta que la unificación del territorio, bajo el poder romano, y la creación de su red viaria facilite las comunicaciones con la creación de sus calzadas. Por ello, no cabe identificar a los habitantes de la cuenca extremeña del Tajo con etnias que sabemos que vivieron al norte de Gredos, como fue el pueblo vettón, del que los separa la cuenca del Almonte, la del río Tajo y, sobre todo, la Sierra de Gredos, aunque existieron contactos entre ellos a través de las zonas de paso del este de la región. Nadie duda tampoco de que no se les puede identificar con los pueblos carpetanos asentados en las tierras llanas del centro de la cuenca del Tajo, del que los separan las varias líneas de sierras que forman las Villuercas. Lo mismo puede decirse respecto a los túrdulos asentados en torno a la fértil cuenca media del Guadiana, que se abre al traspasar la Sierra de Montánchez.

La única comunicación fácil de la cuenca extremeña con otras regiones existe justamente por el oeste, donde el Tajo se introduce hacia su tramo litoral sin saltos bruscos en la orografía. De hecho, los castros de la vecina zona de la Beira portuguesa presentan un patrón de asentamiento y unos rasgos muy similares a los extremeños, que van distanciándose en sus semejanzas a medida que tam-

bién el paisaje va haciéndose diferente. De ahí que Estrabón (III, 3,3), al describir los límites de la Lusitania por el este, tan solo menciona a los carpetanos y los vettones:

*“... por no citar más que a los más conocidos. Los demás pueblos no son dignos de mención por su pequeñez y poca importancia, aunque algunos autores modernos llaman también a éstos lusitanos”.*

Sin embargo, esa penillanura no es un espacio uniforme, sino que está surcada por el Tajo y sus afluentes, creando espacios interfluviales aprovechados por los diferentes grupos para delimitar sus territorios. Esa división territorial la podemos restituir a través de los patrones de asentamiento, que nos muestran dónde estuvieron situados los principales núcleos de población, que fueron las cabezas visibles de esa organización en *populus*, cuyos nombres no conocemos, salvo en el caso excepcional de los *Seanos*, que vivieron en el castro del Castillejo de la Orden de Alcántara, cuyo apelativo quedó registrado en la *deditio* acordada con los romanos (López Melero *et alii* 1984).

Volviendo de nuevo sobre el yacimiento de Villaviejas del Tamuja, hemos de destacar que se sitúa junto al cauce del río que le da nombre, pero el paisaje que lo rodea es una amplia zona de penillanura. En su entorno existe un vasto espacio llano en el que no aparece ningún otro castro, constituyéndose en el único núcleo de población fortificado de un territorio por el que se accede al centro de la cuenca del Tajo. Su rasgo esencial es su carácter abierto hacia la llanura cacereña que se extiende hacia el oeste, la trujillana hacia el norte y la cuenca del Guadiana hacia el sur, del que la separa la Sierra de Montánchez. Esa especial ubicación determina un mayor aislamiento respecto a vecinos más próximos pero le permitió una mayor fluidez en los contactos con otras áreas que en el resto de los castros. Ya hemos mencionado más arriba que este castro reúne en su registro arqueológico construcciones tumuliformes en su necrópolis del siglo IV a. C., de claras influencias meridionales, los verracos de piedra que muestran un contacto con la zona vettona, y cerámicas y armamento de influencias celtibéricas en su necrópolis del siglo II a.C. Aun así, tanto el tipo de fortificación, su ubicación y su cultura material muestran que estamos ante un poblado con las peculiaridades de los castros de la cuenca extremeña del Tajo. Presentan un patrón de asenta-

miento y unas características distintas a cualquiera de las otras áreas de las que recibe las influencias.

Ese patrón de asentamiento se conoce bien gracias a los trabajos de prospección llevados a cabo en los últimos años, que nos han permitido analizar su evolución a lo largo de todo el I milenio a.C. Ello sin olvidar que las relaciones de esta área con las zonas del norte o del sur, del sureste o noreste fueron determinantes para fraguar las peculiaridades de su registro arqueológico. Sobre todo al ser unos momentos de enorme pujanza en algunos puntos de la Península, cuyos influjos dejaron una huella clara en su cultura. La lectura atenta de los cambios en el patrón de asentamiento y en los materiales que aparecen en los yacimientos nos permite apreciar esos cambios de forma evidente. De hecho, el centenar de poblados que se han podido documentar en torno a la cuenca extremeña del Tajo, habitados a lo largo del milenio, son un documento excepcional para entender como evolucionó el occidente de la Península, precisamente en una zona donde se van a estar intercambiando influencias de unas zonas y otras. Estas se entrecruzan y dejan su huella en la sociedad que los recibe, que asimila influjos, pero los adapta a su conveniencia, surgiendo realidades arqueológicas diferentes en torno a la cuenca del Guadiana, a la del Tajo y, por supuesto, a las zonas meseteñas más allá de Gredos y el Sistema Central.

El cambio de milenio está caracterizado por la existencia de poblados en alto hasta donde llegaron los ecos de una metalurgia de influencia atlántica que, paulatinamente, se irá sustituyendo por otra que denota contactos con el Mediterráneo. En ese momento, los poblados se ubicaron en los puntos más altos de las sierras o de las elevaciones más destacadas del paisaje, ocupando los crestones cuarcíticos más altos de la región, cuyo acceso es una tarea francamente difícil. Estos sitios aúnan unas excelentes defensas naturales con un amplísimo control visual sobre su entorno, ya que en algunos casos se divisan y son divisados desde kilómetros de distancia. Según los datos disponibles hasta la fecha, en ese patrón encajan algo más de la mitad de los yacimientos documentados de este período, mientras que un 25% de los restantes hábitats se localizan en pequeños promontorios, bien sobre la penillanura bien sobre el cauce de los ríos, perdiendo en este último caso la buena visibilidad que caracteriza a los sitios en sierras. A ellos hay que sumar algunas ocupaciones de cuevas, que suponen un

17% de los yacimientos de esa época documentados hasta la fecha (Martín Bravo 1999: 47).

La pujanza del Suroeste peninsular durante la primera mitad del milenio determinó un basculamiento de las relaciones hacia el sur, salpicándose los poblados de la región de elementos que ponen de manifiesto la lenta pero continua llegada de objetos desde el mundo tartésico. La zona extremeña se convirtió en zona de expansión de esas influencias, percibiéndose una gradación de esos contactos desde el sur hacia el norte. Y esto de forma tan clara que constituye un ejemplo modélico de cómo se van diluyendo las influencias a medida que se alejan del centro de donde surgieron. Si la cuenca extremeña del río Guadiana resultó ser una zona periférica del ámbito tartésico, donde los asentamientos y las necrópolis recuerdan los patrones del núcleo original, la cuenca del Tajo se convirtió en la zona del margen de esa periferia según la terminología del modelo de Sherratt (1993) para la Edad del Bronce en Europa.

El patrón de asentamiento durante el Hierro Inicial no sufrió cambios drásticos respecto al período anterior. Tan solo se observa una lenta sustitución de los poblados en alto por otros a media altura y la aparición de los primeros recintos fortificados. El conjunto de poblados estudiados, hasta la fecha, indica que ahora solo un 36 % ocupan las sierras, mientras un 10,7% aparecen en cerros aislados, un 28,6% están en sitios en llano y un 25% en espigones fluviales (Martín Bravo 1999: 99). Aunque los porcentajes exactos pueden variar a medida que se incrementen las prospecciones en la región, la visión de conjunto muestra, de forma significativa, la tendencia a abandonar los sitios más prominentes por otros que ya no destacan en el paisaje ni tienen una buena visibilidad sobre el territorio que los rodea. En algunos de estos poblados se han encontrado los objetos foráneos llegados desde el Suroeste. Son piezas de carácter orientalizante que se incorporan a unos poblados que no lo son. Tan solo algunos enclaves excepcionales, como el situado bajo el pueblo sumergido de Talavera la Vieja, junto al vado del mismo nombre, si pudieron ser enclaves orientalizantes en la orilla del Tajo, o el excepcional edificio del Torrejón de Abajo que se encuentra en la llanura cacereña. Más hacia el norte, irán apareciendo objetos de prestigio en zonas de paso que jalonan las rutas de tránsito hacia la Meseta Norte, como sucede con los yacimientos de Pajares (González Cordero *et alii* 1993; Celestino, 1999), situado

en una zona de paso desde la cuenca del Tajo hacia las tierras al norte de Gredos, hasta donde también llegaron elementos orientalizantes, como el importante lote de piezas metálicas orientalizantes del castro de Sanchorreja (González-Tablas *et alii* 1991-92). Pero los contactos fueron cada vez más débiles, así como su incidencia en la sociedad.

A finales del siglo V a.C. se empieza a percibir en el registro arqueológico la llegada de influjos desde nuevas áreas, especialmente del mundo ibérico, que comienza a partir de ese momento su época de esplendor. La zona este de la cuenca extremeña del Tajo mantuvo su carácter abierto a las relaciones con el Mediodía peninsular, igual que anteriormente señalamos que se habían canalizado por esta zona los contactos con el área tartésica y con la cuenca del Guadiana, mientras que en el resto de la cuenca esos influjos llegaron mucho más atenuados. En esta etapa, que denominamos Hierro Pleno, los poblados fortificados culminan el proceso de evolución que los llevó a bajar desde los puntos más altos de la región a otros camuflados junto a las orillas de los ríos, siendo imposible divisarlos desde la penillanura. Los castros situados sobre el ribero abrupto y encajonado de la cuenca del Tajo y sus afluentes representan ahora un porcentaje del 54% en el conjunto de los hábitats del Hierro Pleno documentados por nosotros. Aun así, los puntos altos de gran valor estratégico, bien por su situación estratégica sobre las zonas de paso naturales o bien por ser sitios prominentes del paisaje, se ocuparon también en esta época, representando un 20% los sitios en sierras y un 22% los castros sobre cerros aislados (Martín Bravo 1999: 202).

En ese momento se tiene constancia de que Villasviejas estaba habitada y se convierte en un castro. Será el único en toda esa penillanura, como también será el único con enterramientos tumulares. La ausencia de armas en esas tumbas y la presencia de cerámicas pintadas en la necrópolis de El Mercadillo (Hernández y Galán 1996), del siglo IV a.C., la diferencian de otros castros situados junto al Tajo pero mucho más interior. De hecho, en el otro extremo de la cuenca, la necrópolis del Castillejo de la Orden de Alcántara nos revela la existencia de contactos con la zona de la actual Ávila en ese mismo siglo. Las urnas del Castillejo de la Orden no presentan la decoración de pintura roja tan característica de El Mercadillo pero, en cambio, sí están acompañadas de un ajuar de guerrero (Esteban *et alii* 1988) que no aparece en El Mercadillo. Todo

ello denota una realidad compleja, permeable a los cambios, muy sensible a la cercanía con las rutas naturales por donde se difundieron los intercambios, los desplazamientos de gentes y, con ello, las influencias culturales. No obstante, el análisis de estos yacimientos y de su patrón de asentamiento, así como el de los objetos más usuales de su cultura material, muestran que la cuenca extremeña del Tajo es un espacio diferenciado tanto de la zona del Guadiana como de las tierras al norte de Gredos, con préstamos de unas zonas a otras, como sucede con el vaso con decoración a peine de Villasviejas, o sus verracos, similares a los del área vettona o el quemaperfumes de la necrópolis de El Mercadillo (Hernández y Galán 1996: 42), idéntico a los de la Beturia (Berrocal 1994: 193). Al margen de esos intercambios de objetos, lo que destaca es una realidad arqueológica de rasgos comunes durante el Hierro Pleno (Martín Bravo 1999: 254).

En estos momentos, se ha consolidado un patrón de asentamiento que se caracteriza por la selección de los sitios mejor adaptados a las necesidades de esas sociedades, resultando un mosaico de territorios de cierta regularidad, en el que los espacios abiertos y llanos fueron rehusados por los castros. Los cursos de los ríos, que fueron los ejes que atrajeron a la población hacia sus márgenes más abruptas, estuvieron intensamente ocupados por poblados de una extensión fortificada de entre 1 y 2 Ha, que se distribuyen el espacio de forma homogénea. El mejor conocido es el cauce del río Almonte, cuyos poblados están separados a intervalos regulares de unos 5 km entre ellos. También las zonas de paso más destacadas de la región atrajeron a la población, estando habitados los principales puntos de acceso y salida de la cuenca. En cambio, frente al abigarramiento de pequeños poblados que se observa en torno a los ríos, sobre la penillanura aparecen solo unos pocos núcleos fortificados, de gran tamaño todos ellos. Ese patrón es el que se observa en el castro del Castillejo de Sansueña de Aliseda, de 6 Ha., y Villasviejas del Tamuja, de 6,7 Ha. Se reparten el control de la penillanura que se extiende al sur del Tajo hasta las sierras que la separan del Guadiana. En la penillanura al norte del río sucede algo similar, donde destaca el gran castro de El Zamarril de Portaje, de 12 Ha, junto al Alagón, en el centro de esa llanura en cuyo reborde surgieron otros castros controlando la zona de paso de la Sierra de Cañaveral o los pasos junto a Plasencia que comunican con la Meseta. Justo en esas zonas de paso de la Sierra

de Gredos existieron otros castros de gran tamaño en llano, como el Berrocalillo (Plasencia), de 5,10 Ha. y en alto, como el de Villasviejas (Casas del Castañar), cuyas 40 Ha. representan una extensión muy superior a los del resto de la región. Tan solo la gran llanura del Campo de Arañuelo, entre Gredos y el Tajo, aparece sin castros, dejando un espacio vacío de poblados fortificados entre la zona vettona y la cuenca del Tajo. Todos estos grandes poblados fortificados tienen en común el alcanzar un tamaño superior al de los castros que están más abigarrados junto a los ríos.

A partir del siglo III a.C. se percibe un afianzamiento de las relaciones con el interior de la Meseta. Los contactos con el mundo ibérico se rarifican y, en su lugar, se detecta la llegada de objetos procedentes de la Meseta oriental, de la Celtiberia. El registro funerario de Villasviejas nos permite conocer de primera mano esas transformaciones y es una fuente importantísima para entender cómo las sociedades modifican sus comportamientos socioculturales al mismo tiempo que cambian las circunstancias históricas. La existencia de objetos procedentes de otras regiones es nuestra mejor herramienta para documentar esos contactos. En cualquier caso, esos objetos no son indicadores de desplazamientos de grupos que buscan la explotación de determinados recursos mineros, como Burillo apunta en su trabajo de síntesis sobre Los Celtiberos (2007: 382). Creemos, más bien, que esos movimientos de objetos y de gentes, se entienden mejor en el trasfondo histórico que se estaba viviendo en la Península. Primero con la presencia cartaginesa y luego con la existencia de una coyuntura prebélica, que terminó con la llegada de las tropas romanas y una situación de contienda real, que favorecía los desplazamientos de hombres para participar en las guerras. El hecho de que se hayan documentado un dracma ampuritana y otra imitación de Rhode en Villasviejas (Martín Bravo 1995: 141), más otra en Alconétar y en el castro del Camocho (*ibidem*), que suelen estar relacionadas con pagos al ejército, ponen de manifiesto que hasta aquí están ya llegando repercusiones de esos desplazamientos por razones militares. Sí se observa que la sociedad estaba cambiando en ese momento, ya que en Villasviejas del Tamuja se abandona la antigua necrópolis tumular del siglo IV a.C., situada delante de la entrada al castro, por otro lugar donde enterrarse, esta vez ubicado a casi 1 km de distancia del asentamiento. Las tumbas de esta nueva zona de ne-

crópolis ya no tienen elementos externos que las diferencien unas de otras. Pero, en cambio, empiezan a depositarse en su interior elementos de ajuar, cada vez más destacados, que nos hablan de una jerarquización importante de la sociedad, donde van adquiriendo relevancia los individuos vinculados a la guerra, ya que ahora las armas sí acompañan a esos difuntos. En el poblado, algunas casas excavadas hasta la fecha (Hernández *et alii* 1989) muestran que fueron reedificadas, quizás coincidiendo con ese momento de cambios. Sin embargo, es difícil precisar en qué fecha, ya que se observa continuidad en la planta de las edificaciones y en los objetos que se emplearon durante la vida cotidiana.

Las relaciones con la Celtiberia van a mantenerse desde el siglo III a.C. en adelante y a ello no es ajeno ese ambiente bélico antes aludido que se vive en toda la Península durante esa época. Esto condicionará tanto el desarrollo social como cultural de las poblaciones castreñas, que se vieron avocadas a la guerra. Los ajuares de la necrópolis del Romazal I muestran la presencia de elementos tan característicos de los celtiberos como son las dos espadas de La Tène, un tipo de arma que no es habitual en el occidente peninsular, dado que tan solo se conocen hasta la fecha cuatro en la necrópolis de La Osera (Ávila) y dos en la Beturia Céltica, procedentes de Capote y de Herdade das Casas (Berrocal 1992: 158). Este tipo de armas aparece en las necrópolis celtibéricas en el siglo III a.C., donde se conocen en torno a un centenar de ellas (Lorrio 1997: 180). A lo largo del siglo III, las espadas son sustituidas por puñales, especialmente por los llamados biglobulares y los de frontón. Precisamente los biglobulares también aparecen en la necrópolis del Romazal I y en otros castros de la cuenca, aunque tenemos noticias de ellos por hallazgos aislados depositados en el Museo Provincial de Cáceres. A pesar de ello, ilustran muy bien la existencia de estos ejemplares por toda la cuenca, como el biglobular del castro de Sansueña (Martín Bravo 1999: 160) y un fragmento de puñal en el castro de Valdecañas (*ibidem*: 185).

La última etapa del desarrollo castreño coincide con la de la conquista romana y el consiguiente clima bélico vivido en el siglo II y comienzos del I a. C. En este período, algunos castros reforzaron su papel en el territorio y aumentaron su extensión amurallada, puesto que se aprecia la construcción de nuevos recintos con técnicas constructivas más cuidadas o, incluso, sus murallas incorporan ele-

mentos defensivos nuevos. Es el caso de los paramentos de granito de Villasviejas del Tamuja o el gran torreón de granito del Castillejo del Casar de Cáceres. Otras, como la muralla del gran castro de La Burra de Torrejón El Rubio, muestran algunas puertas cegadas y, a su lado, otras nuevas de mayor tamaño, construidas con aparejo de lajas de pizarra igual que el resto de la muralla, pero con unas dimensiones y un aspecto que aún hoy consiguen un efecto de monumentalidad. Los castros más grandes, que ya se diferenciaban de tamaño frente a los pequeños, ahora refuerzan sus elementos defensivos con el añadido de torres, bastiones, paramentos o puertas de mayor monumentalidad.

En definitiva, la imagen final que nos ofrecen los castros es la de una sociedad fuertemente impactada por el ambiente bélico que está viviendo. En ella el castro no solo es el elemento aglutinador de un *populum* frente a los otros de su mismo territorio, con la muralla como elemento emblemático, sino que se convierte asimismo en un centro desde donde se práctica la resistencia frente al invasor. Estos grandes poblados podrían considerarse como verdaderos *oppida* en el sentido defendido por Almagro y Martín (1994), de centros controladores y jerarquizadores del territorio, en una fase anterior a la de la conquista romana, frente a la postura defendida por Pavón y Rodríguez (2007: 37).

Al nivel del territorio del propio castro de Villasviejas del Tamuja, esta situación general resulta patente tanto en este fortalecimiento de las murallas, como en la misma adición de un recinto completo, duplicando así el espacio amurallado. En la misma época los asentamientos extramuros documentados se concentran de forma genérica a la vista del propio castro, cercanía que puede ser interpretada igualmente como una medida de seguridad añadida en una época de crisis. No deja de ser lla-

mativo que sea precisamente en este momento cuando la necrópolis se aleja más del asentamiento, haciéndose invisible desde el mismo, cambio en el ritual funerario que probablemente no tiene nada de casual.

Si bien el castro es claramente el elemento destacado del poblamiento de toda esta etapa, queremos terminar recalcando que no fue el único modelo de núcleo habitado durante la Edad de Hierro. La prospección en torno a Villasviejas nos ha permitido conocer que, mientras estuvo habitado el castro, hubo otros asentamientos sin amurallar en su entorno, pudiéndose constatar que no toda la población vive dentro de los recintos fortificados, aunque ellos fueran el referente de la población. Los resultados que hemos presentado tienen el interés de mostrar que el espacio de 1,5 km en torno a Villasviejas estuvo ocupado por pequeños enclaves de distinta naturaleza. Algunos repitiendo el patrón de emplazamiento del propio castro, pero ocupando la orilla opuesta del río y otros en zonas más llanas y alejadas. Quizás esos asentamientos sean la síntesis de un modelo de ocupación vigente en el resto de las tierras llanas. Modelo del que ya habíamos intuido su existencia, pero del que teníamos escasas evidencias para confirmarlo antes de realizar esta prospección intensiva, que se pudo repetir a otra escala en el resto de la amplia penillanura donde no hay castros. Ello nos permite concluir que, posiblemente, no todos los individuos de esa sociedad tuvieron acceso a vivir dentro de él, ni quizás tampoco a enterrarse en sus necrópolis. Eso significaría que una masa de población viviría dispersa en el campo, en pequeños asentamientos similares a los que hemos localizado alrededor de Villasviejas, y que acudirían al castro solo para realizar transacciones o bien en circunstancias especiales.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO-GORBEA, M.; BENITO-LÓPEZ, J.E. (1993): La prospección del Valle del Tajuña. Una experiencia teórico-práctica de estudio territorial en la Meseta. *Complutum*, 4: 297-310.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARTÍN BRAVO, A.Mª (eds.) (1994): *Castros y oppida en Extremadura*. Complutum Extra 4, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (1999): *Los Vettones*. Biblioteca Archaeologica Hispana 1, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (2003): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal, Madrid.
- BENITO-LÓPEZ, J.E. (1991): *Perales de Tajuña (Madrid): un estudio de arqueología territorial. Teoría y práctica de la prospección arqueológica*. Tesis de Licenciatura inédita. Universidad Complutense de Madrid.
- BENITO-LÓPEZ, J.E. (1995-96): Parámetros de análisis en proyectos de prospección arqueológica. El Valle del Tajuña. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 10: 153-168.
- BERROCAL RANGEL, L. (1992): *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 2, Madrid.
- BERROCAL RANGEL, L. (1994): *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular*. Universidad Autónoma, Madrid.
- BERROCAL RANGEL, L.; MORET, P. (2007): Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica. Cuestiones a debate. En Berrocal y Moret (eds.): 15-33.
- BERROCAL RANGEL, L.; MORET, P. (eds.) (2007): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 28, Real Academia de la Historia, Madrid.
- BLANCO, A.; ROTHENBERG, B. (1981): *Explotación arqueometalúrgica de Huelva*. Barcelona.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.; DOMERGUE, C.; SILLIÈRES, P. (dirs.) (2002): *La Loba (Fuenteobejuna, province de Cor-doue, Espagne) la mine et le village minier antiques*. Université de Toulouse-Le Mirail, Burdeos.
- BURILLO MOZOTA, F. (2007): *Los Celtíberos*. Crítica, Barcelona.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1999): *El yacimiento Protohistórico de Pajares. Villanueva de la Vera. Cáceres. 1. Las necrópolis y el Tesoro Aureo*. Memorias de Arqueología Extremeña 3, Mérida.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1995): *Del Neolítico al Bronce*. Historia de Ávila I, Prehistoria e Historia Antigua. Ávila.
- DOMERGUE, C. (1971): El cerro del Plomo. Mina El Centenillo (Jaén). *Noticario Arqueológico Hispánico*, 16: 265-380.
- DOMERGUE, C. (1983): La mine antique d'Aljustrel (Portugal) et les tables de bronze de Vipasca. *Conimbriga*, 23: 5-193.
- DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaine*. École Française de Rome, Roma.
- ESTEBAN ORTEGA, J.; SÁNCHEZ ABAL, J.L.; FERNÁNDEZ CORRALES, J.Mª (1988): *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M.; GARCÍA BUENO, C. (1993): La minería romana de época republicana en Sierra Morena: El poblado de Valderrepisa (Fuencaliente, Ciudad Real). *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 29: 25-50.
- GARCÍA ROMERO, J. (2002): *Minería y metalurgia en la Córdoba romana*. Universidad de Córdoba, Córdoba.
- GARCÍA ROMERO, J. (2004): Metalurgia romana del cobre en el sur de Hispania. En Romero y Pérez (eds.): 105-125.
- GONZÁLEZ CORDERO, A.; CASTILLO, J.; HERNÁNDEZ LÓPEZ, M. (1991): La secuencia estratigráfica en los yacimientos calcolíticos del área de Plasenzuela (Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, II: 11-26.
- GONZÁLEZ CORDERO, A.; ALVARADO, M.; BLANCO, J.L. (1993): Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres). *Trabajos de Prehistoria*, 50: 249-262.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.; FANO MARTÍNEZ, M.A.; MARTÍNEZ LIQUINIANO, A. (1991-92): Materiales inéditos de Sanchorreja procedentes de excavaciones clandestinas: un intento de valoración. *Zephyrus*, 44-45: 301-329.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ LÓPEZ, MªD.; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, MªA. (1989): *Excavaciones en el Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; GALÁN DOMINGO, E. (1996): *La necrópolis de "El Mercadillo" (Botija, Cáceres)*. Extremadura Arqueológica VI, Mérida.
- HUNT ORTIZ, M.A. (1996): Prospección arqueológica de carácter minero y metalúrgico: fuentes y restos. *Acontia*, 2: 19-28.
- HUNT ORTIZ, M.A. (2003): *Prehistoric mining and metallurgy in South West Iberian Peninsula*. BAR international series 1188, Archaeopress, Oxford.
- LÓPEZ MELERO, R.; SÁNCHEZ ABAL, J.L.; GARCÍA JIMÉNEZ, S. (1984): El bronce de Alcántara. Una dedito del 104 a.C. *Gerión*, 2: 265-323.
- LORRIO ALVARADO, A. (1997): *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7, Madrid.
- MARTÍN BRAVO, A.Mª. (1994): Los castros del Occidente de la provincia de Cáceres. En Almagro-Gorbea y Martín Bravo (eds.): 243-286.

- MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>. (1995): Dracmas aparecidas en castros de la provincia de Cáceres. *La moneda hispánica. Ciudad y Territorio. I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, 14: 139-142.
- MARTÍN BRAVO, A.M<sup>a</sup>. (1999): *Los Orígenes de Lusitania. El I Milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Biblioteca Arqueológica Hispana 2, Madrid.
- MATHERS, C.; STODDART, S. (eds.) (1993): *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. Sheffield Academic Press, Sheffield.
- ONGIL VALENTÍN, M.I. (1991): Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres). El poblado (1986-1990). *Extremadura Arqueológica*, II: 255-267.
- PAVÓN MALDONADO, I.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2007): Campo y ciudad en la "protohistoria extremeña": conceptos y criterios investigadores. En Alonso y Pavón (eds.): 11-44.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; PAVÓN MALDONADO, I. (eds.) (2007): *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- ROMERO MACÍAS, E.; PÉREZ MACÍAS, J.A. (eds.) (2004): *Metallum. La minería suribérica*. Universidad de Huelva, Huelva.
- SHERRATT, A. (1993): Core, Periphery and Margin: Perspectives on the Bronze Age. En Mathers y Stoddart (eds.): 335-345.
- VILAÇA, R. (1995): *Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos Finais da Idade do Bronze*. *Trabalhos de Arqueologia* 9, Lisboa.
- VV.AA. (2006): *Mapa metalogénico de la provincia de Cáceres*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.